

LA CASA DEL CALLEJÓN

David Mitchell

Fragmento

No sé qué está diciendo mamá; queda ahogado por el rugido bronco del autobús, que al arrancar deja ver un pub llamado The Fox and Hounds. El letrero muestra a tres sabuesos arrinconando a un zorro. Están a punto de abalanzarse sobre él para hacerlo pedazos. Debajo está el letrero de la calle, que pone WESTWOOD ROAD. Se supone que los lores y las ladies son ricos, así que me esperaba piscinas y Lamborghinis, pero Westwood Road es de lo más normalito. Casas normales de ladrillo, adosadas o semiadosadas, con jardincitos a la entrada y coches normales. El cielo húmedo luce un color pañuelo usado. Pasan volando siete urracas. El siete está bien. Mamá tiene la cara a solo unos centímetros de la mía, pero no estoy seguro de si es cara de enfado o de preocupación.

—¿Nathan? ¿Me estás oyendo?

Mamá va maquillada hoy. El tono del pintalabios se llama lila de la mañana, pero huele más a pegamento de barra que a lilas. La cara de mamá no se aleja, así que le digo:

—¿Qué?

—Se dice «Perdona», o «Disculpa», no «¿Qué?».

—Vale —digo, lo cual suele funcionar.

Pero hoy no.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Que se dice «Perdona» o «Disculpa», no «¿Qué?».

—¡Antes de eso! Te decía que si alguien te pregunta en casa de lady Grayer cómo hemos venido, tienes que decir que en taxi.

—Pensaba que no estaba bien mentir.

—Está el mentir, que está mal —dice mamá, sacando del bolso el sobre en el que ha escrito la dirección—, y luego está el crear una impresión, lo cual es necesario. Si tu padre nos pagara lo que nos tiene que pagar, habríamos venido en taxi. Ahora...

Mamá le echa un vistazo a lo que pone.

—Slade Alley sale de Westwood Road, más o menos a la mitad... —Comprueba el reloj—. Vale, son las tres menos diez y tenemos que estar allí a las tres. Venga, vamos. No te entretengas.

Allá va.

La sigo, sin pisar ninguna de las juntas. A veces tengo que imaginarme dónde están porque la acera está cubierta de hojas. En un momento dado he tenido que apartarme del camino de un hombre de puños enormes que ha pasado haciendo footing con un chándal negro y naranja. La equipación de los Wolverhampton Wanderers es negra y naranja. De un serbal cuelgan unas bayas resplandecientes. Me gustaría contarlas, pero me arrastra hacia delante el clip-clop-clip-clop de los tacones de mamá. Esos zapatos se los compró en las rebajas de los almacenes John Lewis con lo que quedaba del dinero que le habían pagado en el Royal College of Music, a pesar de que British Telecom mandó un último aviso para que pagásemos el teléfono. Lleva el conjunto azul que se pone para los conciertos y el pelo recogido con el pincho para el pelo adornado con una cabeza de zorro de plata. Se lo trajo su padre de Hong Kong tras la Segunda Guerra Mundial. Cuando mamá está en clase con un alumno y yo tengo que ahuecar el ala, a veces voy al tocador de mamá y saco el zorro. Tiene ojos color jade y algunos días sonrío, aunque otros no. Hoy no tengo un buen día, pero el Valium no tardará en subirme. El Valium es genial. Me he tomado dos pastillas. Tendré que saltarme unas cuantas la semana que viene, para que mamá no se dé cuenta de que las provisiones van mermando. La chaqueta de tweed pica. Mamá la ha comprado en Oxfam, especialmente para hoy, y la pajarita es también de Oxfam. Mamá hace de voluntaria allí los lunes, así que consigue lo mejorcito de lo que la gente lleva los sábados. Si Gaz Ingram o alguien de su panda me ve con la pajarita, me encontraré una mierda en la taquilla, seguro. Mamá dice que tengo que aprender a «integrarme» más, pero no hay clases de «integración», ni siquiera en el tablón de la biblioteca municipal. Allí se anuncia un club de Dragones & Mazmorras, y yo siempre quiero ir, pero mamá dice que no puedo porque Dragones & Mazmorras juega con las fuerzas oscuras. Por una de las ventanas delanteras veo una carrera de caballos. Es el programa de deportes de la BBC1. Las tres ventanas siguientes tienen visillos, pero luego veo una tele en la que ponen lucha libre. Es Giant Haystacks, el villano peludo, luchando con Big Daddy, el bueno calvo, en la ITV. Ocho casas más tarde veo Godzilla en la BBC2. Tira una torre de alta tensión solo tropezándose con ella, y un bombero japonés de cara sudorosa grita por una radio. Luego Godzilla ha agarrado un tren, pero eso no tiene sentido porque los anfibios no tienen pulgares. A lo mejor el pulgar de Godzilla es como los supuestos pulgares de los pandas, que en realidad son la evolución de una garra. A lo mejor...

—¡Nathan! —Mamá me aprieta la muñeca—. ¿Qué te he dicho de entretenernos?

Hago memoria.

—«¡Venga, vamos! ¡No te entretengas!»

—¿Y qué estás haciendo ahora?

—Pensando en los pulgares de Godzilla.

Mamá cierra los ojos.

—Lady Grayer me ha invitado, nos ha invitado, a una reunión musical. Una velada. Habrá gente interesada en la música. Gente del Consejo de Cultura, gente que da trabajos y becas. —Los ojos de mamá tienen unas venitas rojas minúsculas, como ríos fotografiados desde muy arriba—. Yo habría preferido que te quedases en casa jugando con tu maqueta de la batalla de los Boers, pero lady Grayer insistió en que vinieses, así que... hazme el favor de comportarte normalmente. ¿Puedes hacerlo? Piensa en el chico más normal de tu clase, y haz lo que él.

«Comportarse normalmente» es como «integrarse».

—Lo intentaré. Pero no es la batalla de los Boers, es la guerra de los Boers. Me estás clavando el anillo en la muñeca.

Mamá me suelta la muñeca. Eso está mejor.

No sé qué quiere decir su cara.

Slade es el callejón más estrecho que he visto en mi vida. Está embutido entre dos casas y luego desaparece a la izquierda, a unos treinta pasos más o menos. Puedo imaginarme viviendo aquí, entre cartones, a un vagabundo, pero no a un lord ni a una lady.

—Seguro que hay una entrada decente por el otro lado —dice mamá—. Slade House es solo la casa de la ciudad de los Grayer. Su residencia habitual está en el condado de Cambridge.

Si me dieran cincuenta peniques cada vez que mamá me dice eso, ya tendría tres libras y media. En el callejón hace un frío pegajoso, como en la cueva White Scar, en los Yorkshire Dales. Papá me llevó cuando tenía diez años. En la primera esquina me encuentro un gato muerto tirado en el suelo. Es de un gris que parece polvo lunar. Sé que está muerto porque está más quieto que una bolsa tirada, y porque hay unas moscas gordas bebiéndole de los ojos. ¿Cómo ha muerto? No hay herida de bala ni señales de colmillos, aunque tiene la cabeza caída, así que a lo mejor lo ha estrangulado un estrangulador de gatos. Va directo a la lista de las Cosas Más Bonitas Que He Visto Nunca. A lo mejor hay una tribu de Papúa Nueva Guinea que cree que el zumbido de las moscas es música. A lo mejor yo encajaría allí.

—Vamos, Nathan.

Mamá me da un tirón de la manga.

—¿No deberían hacerle un funeral? ¿Como a la abuela? —pregunto.

—No. Los gatos no son humanos. Vamos.

—¿No deberíamos decirle a su dueño que no va a volver a casa?

—¿Cómo? Tómalo en brazos y ve puerta por puerta por Westwood Road preguntando: «Perdone, ¿es este su gato?».

A veces mamá tiene buenas ideas.

—Tardaríamos un poco, pero...

—Ni lo sueñes, Nathan. Nos esperan en casa de lady Grayer ahora mismo.

—Pero si no lo enterramos, los cuervos le sacarán los ojos.

—No tenemos ni pala ni jardín por aquí.

—Seguro que lady Grayer tiene una pala y un jardín.

Mamá cierra de nuevo los ojos. A lo mejor le duele la cabeza.

—Esta conversación se ha terminado.

Me empuja y llegamos a la parte central de Slade Alley. Tiene una longitud de unas cinco casas más o menos, pero está cercada por unas tapias de ladrillo tan altas que no se ve nada. Solo cielo.

—Que no se te pase un portón de hierro pequeño y negro a mano derecha —dice mamá.

Seguimos hasta la otra esquina, noventa y seis pasos exactos, y hay cardos y dientes de león brotando de las grietas, pero de portón nada. Tras la esquina derecha avanzamos unos veinte pasos más hasta salir a la calle paralela a Westwood Road. Un letrero dice CRANBURY AVENUE. Enfrente está aparcada una ambulancia del Hospital Saint John. Alguien ha escrito LÁVAME en la mugre que hay encima de una de las ruedas traseras. El conductor tiene la nariz rota y habla por radio. Un mod como sacado de Quadrophenia pasa en escúter sin casco.

—Conducir sin casco va contra la ley —digo.

—No tiene ni pies ni cabeza —dice mamá, mirando el sobre.

—A no ser que seas un sij con turbante. Entonces la policía...

—«Un portón de hierro negro.» A ver... No sé cómo nos lo hemos pasado.

Yo sí lo sé. El Valium me sienta como la poción mágica de Astérix, pero a mamá la deja atontada. Ayer ella me llamó Frank (el nombre de papá) y ni se dio cuenta. El Valium se lo recetan dos médicos, porque con lo que le da uno no basta, pero...

... un perro ladra a unos centímetros y he gritado dando un brinco hacia atrás, aterrorizado, y hasta me he hecho un poco de pis, pero vale, está todo bien, hay una valla, y es solo un perrillo de esos que ladran, no un bullmastiff, no es el bullmastiff, y ha sido solo un poco de pipí. Aun así el corazón me late a lo loco y creo que tengo ganas de vomitar. Mamá se ha ido a Cranbury Avenue a buscar portones de casas grandes, y ni siquiera ha visto al perrillo. Un hombre calvo con mono de trabajo se acerca con un cubo y una escalera de mano al hombro. Va silbando «I'd Like to Teach the World to Sing (in Perfect Harmony)».

Mamá lo interrumpe.

—Perdone, ¿conoce usted Slade House?

El silbido y el hombre se detienen.

—¿Que si conozco qué?

—Slade House. Es la residencia de lady Norah Grayer.

—Pues ni idea, pero si encuentra a Su Excelencia, dígame que a mí me van las pijas si a ella le van los duros.

Me dice «Me encanta la pajarita, chaval» y se mete en Slade Alley, retomando el silbido donde lo había dejado. Mamá se le queda mirando y susurra:

—Pues muchas gracias por nada, joder.

—Pensé que no se podía decir «joder».

—No empieces, Nathan. De verdad.

Creo que esa es la cara enfadada de mamá.

—Vale.

El perrillo ha dejado de ladrar para lamerse la pilila.

—Desandaremos el camino —decide mamá—. Quizá lady Grayer se refiriese al callejón siguiente.

Se mete de nuevo en Slade Alley y yo la sigo. Llegamos a la mitad del callejón a tiempo de ver cómo el señor de la escalera desaparece al doblar la esquina del final, donde sigue tirado el gato muerto color gris luna.

—Si nos matasen aquí —señalo—, no lo vería nadie.

Mamá me ignora. A lo mejor no ha sido muy «normal». Estamos a medio camino de la parte central cuando mamá se para.

—¡Ay, la leche!

Hay un portón de hierro negro pequeño empotrado en la tapia de ladrillo. Es chiquitísimo. Yo rondo el metro y medio, y solo me llega a los ojos. Una persona gorda tendría que meterse a la fuerza. No tiene pomo, ni agujero de la cerradura, ni rendijas junto a los bordes. Es negro, negro como la nada, como los huecos entre las estrellas.

—¿Cómo es posible que no lo viésemos? —dice mamá—. Menudo boy scout estás hecho.

—Ya no estoy en los boy scouts —le recuerdo.

El señor Moody, nuestro jefe de exploradores, me dijo que desapareciese de su vista, y así lo hice; a los servicios de rescate del parque de Snowdonia les costó dos días encontrar mi refugio. Me sacaron en las noticias y todo. Todo el mundo se enfadó mucho, pero yo solo cumplía órdenes.

Mamá empuja la puerta, pero no se abre.

—¿Cómo se abre la dichosa puerta? Quizá debería llamar.

La puerta atrae mi mano contra ella. Está caliente.

Y se balancea hacia dentro; los goznes aúllan como frenos...

... y estamos mirando un jardín; un jardín lleno de zumbidos, aún estival. El jardín tiene rosas, girasoles, salpicaduras de amapolas, racimos de dedaleras y un montón de flores cuyo nombre no me sé. Hay un jardín de rocas, un estanque, abejas libando y mariposas. Es genial.

—No te lo pierdas —dice mamá.

Slade House está ahí arriba, antigua, compacta, austera, gris y medio asfixiada por una hiedra encarnada, y no se parece en nada a las casas de Westwood Road y Cranbury Avenue. Si fuera propiedad del Estado habría que pagar dos libras para

entrar, o setenta y cinco peniques si eres menor de dieciséis. Mamá y yo ya hemos cruzado el pequeño portón de hierro negro, que el viento ha cerrado como un mayordomo invisible, y la corriente nos empuja a través del jardín, bordeando la pared.

—Los Grayer deben de tener un jardinero todo el año —dice mamá—, o puede que incluso varios.

Siento que por fin me sube el Valium. Los rojos son más brillantes, los azules más transparentes, los verdes más vaporosos y los blancos transparentes como un pañuelo de dos capas al que le quitan una. Estoy a punto de preguntarle a mamá cómo es que una casa tan grande y su jardín caben en el espacio entre Slade Alley y Cranbury Avenue, pero mi pregunta cae en un pozo sin fondo, y se me olvida que lo he olvidado.

—La señora Bishop e hijo, supongo —dice un chaval invisible.

Mamá da un brinco, un poco como yo con el perrillo, pero a mí el Valium me sirve ahora de absorbe-shocks.

—Aquí arriba —dice la voz.

Mamá y yo levantamos la vista. Sentado en la tapia, como a unos cuatro metros y medio de altura, hay un chaval que parece de mi edad. Tiene pelo rizado, labios carnosos, piel lechosa, vaqueros, zapatillas de deporte sin calcetines y una camiseta blanca. Sin un ápice de tweed y nada de pajarita. Mamá no me dijo que fuese a haber más chavales en la velada musical de lady Grayer. Que haya más chavales implica que hay cosas que aclarar. ¿Quién es más guay? ¿Quién es más duro? ¿Quién es más listo? A los chicos normales les importan esas cosas, y los chavales como Gaz Ingram hasta se pelean por ellas.

—Sí, hola —está diciendo mamá—. Soy la señora Bishop y este es Nathan. Oye, esa tapia está muy alta. ¿No crees que deberías bajar?

—Encantado de conocerte, Nathan —dice el chaval.

—¿Por qué? —le pregunto a las suelas de las zapatillas.

Mamá sisea algo sobre educación y el chaval dice:

—Porque sí. Por cierto, soy Jonah. El comité de bienvenida.

No conozco a ningún Jonah. Es un nombre color granate.

—¿Lady Norah es tu madre, Jonah? —pregunta mamá.

Jonah lo piensa.

—Digamos que sí, lo es.

—Ajá —contesta mamá—, esto... ya. ¿Es...?

—¡Ay, Rita, fantástico, nos has encontrado! —Una mujer sale de una especie de túnel hecho de celosía. El túnel está atiborrado de ramilletes blancos colgantes y de flores púrpuras. La mujer rondará la edad de mamá, pero está delgada y menos envejecida y tiene una forma de vestir parecida a su jardín—. Nada más colgar ayer por la noche, me dio pánico haberte hecho un lío al decirte cómo venir por la puerta de Slade Alley.

Tenía que haberte mandado por la puerta principal. Pero me moría de ganas de que tu primera impresión de Slade House fuese la del jardín en pleno esplendor.

—¡Lady Grayer! —El tono de mamá es una imitación de persona pija—. Buenas tardes. No, no, no, sus indicaciones fueron...

—Llámame Norah, Rita, por favor... Todo ese rollo de «lady» es aburridísimo cuando no estoy trabajando. Ya veo que habéis conocido a Jonah: nuestro Spiderman residente.

Lady Grayer tiene el pelo negro de Jonah y unos ojos con visión de rayos X que prefiero esquivar.

—Y este jovencito debe de ser Nathan. —Me estrecha la mano. Tiene una mano regordeta pero la estrecha con fuerza—. Tu madre me lo ha contado todo de ti.

—Encantado de conocerte, Norah —digo, como los adultos de las películas.

—¡Nathan! —dice mamá en voz demasiado alta—. Lady Grayer no quería decir que puedas llamarla por su nombre de pila.

—No es problema —dice Norah Grayer—. De veras, me gusta.

La brillante tarde se balancea un poco.

—Tu vestido va a juego con el jardín —digo.

—Qué halago tan elegante —dice lady Grayer—. Gracias. Y tú también vas muy guapo. Las pajaritas son muy distinguidas.

Recupero la mano.

—¿Tenías un gato color gris luna, Norah?

—¿Si «tenía» un gato? ¿Hace poco, quieres decir, o cuando era pequeña?

—Hoy. Está en el callejón. —Apunto en la dirección correcta—. En la primera esquina. Está muerto.

—Nathan puede ser algo directo a veces. —La voz de mamá suena rara y apresurada—. Norah, si es tuyo el gato, lo siento de...

—No os preocupéis, Slade House lleva unos años sin gato. Llamaré al jardinero para pedirle que le prepare de inmediato un entierro decente a esa pobre criatura. Es muy considerado por tu parte, Nathan. Como por la de tu madre. ¿Has heredado también su talento musical?

—Nathan no ensaya lo suficiente —dice mamá.

—Ensayo una hora al día —replico.

—Pues deberían ser dos —dice mamá con sequedad.

—También tengo deberes que hacer —señalo.

—Bueno, ya se sabe, «el genio son nueve partes de transpiración» —dice Jonah, de pie justo detrás de nosotros, en el suelo; mamá da un respingo, pero yo estoy impresionado.

—¿Cómo has bajado tan rápido? —le pregunto.

Se da un golpecito en la sien.

—Un circuito de teletransporte implantado en el cráneo.

Sé que en realidad ha saltado, pero prefiero esa respuesta. Jonah es más alto que yo, pero es lo que le pasa a la mayoría de los chavales. La semana pasada Gaz Ingram me cambió el apodo oficial de Cerduno Mariposón a Enano Venenoso.

—Un listillo incorregible —suspira Norah Grayer—. A ver, Rita, espero que no te importe, pero Yehudi Menuhin se ha pasado por aquí y le he hablado de tu recital de Debussy. Se muere de ganas de conocerte.

Mamá pone la misma cara que el niño asombrado de Snoopy.

—¿Yehudi Menuhin, el de verdad? ¿Está aquí? ¿Esta tarde?

Lady Grayer asiente como si no fuese para tanto.

—Sí, tenía una actuación en el Royal Festival Hall ayer por la noche, y Slade House se ha convertido en su madriguera londinense, por decirlo así. Entonces no te importa, ¿eh?

—¿Que si me importa? —dice mamá—. ¿Conocer a sir Yehudi? Por supuesto que no me importa, solo que... No me puedo creer que sea verdad.

—Bravissima.

Lady Grayer toma a mamá del brazo y la conduce hacia la gran casa.

—No seas tímida, Yehudi es un sol. Y vosotros, muchachos... —se gira hacia Jonah y hacia mí—, ¿por qué no vais a disfrutar un rato de este sol estupendo? La señora Polanski está haciendo petisús de café, así que id a fabricar un poco de apetito.

—Toma una ciruela, Nathan —dice Jonah, tendiéndome una del ciruelo.

Se sienta en la base de un árbol y yo en el de al lado.

—Gracias. —Su pulpa cálida y como escarcha derretida sabe a mañanas de agosto—. ¿De verdad está Yehudi Menuhin de visita?

Jonah me echa una mirada que no entiendo.

—¿Y por qué diablos iba a mentir Norah?

Nunca he conocido a ningún chaval que llame a su madre por su nombre de pila. Papá diría que es «muy moderno».

—No he dicho que esté mintiendo. Solo que es un virtuoso del violín increíblemente famoso.

Jonah escupe el hueso de la ciruela entre unas margaritas altas y de color rosa.

—Hasta los virtuosos del violín increíblemente famosos necesitan amigos. Bueno, ¿cuántos años tienes, Nathan? ¿Trece?

—En el clavo. —Yo escupo el hueso más lejos—. ¿Y tú?

—También —dice—. Cumplo años en octubre.

—Febrero. —Soy mayor, aunque sea más bajo—. ¿A qué escuela vas?

—La escuela y yo nunca nos hemos visto la cara —dice Jonah—. Por decirlo de algún modo.

No lo entiendo.

—Eres un niño. Tienes que ir. Lo dice la ley.

—La ley y yo tampoco nos hemos entendido nunca. ¿Otra ciruela?

—Gracias. Pero ¿y los servicios sociales?

La expresión de Jonah expresa asombro. La señora Marconi y yo hemos trabajado con el asombro.

—¿Los servicios... qué?

No lo comprendo. Tiene que saberlo.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Qué va, ni en sueños. ¿Qué iba a hacer yo con ellos? —Eso es muy ingenioso, pero si yo se lo soltara a Gaz Ingram me crucificaría en los postes de rugby—. En serio, me educan en casa.

—Eso debe de ser una pasada. ¿Quién es tu profe? ¿Tu madre?

—Nuestro mentor —dice Jonah, y me mira.

Sus ojos me hacen daño, así que aparto la mirada. «Mentor» es como una palabra pija para «profe».

—¿Y cómo es?

—Un verdadero genio —responde Jonah, pero sin intentar presumir.

—Me muero de envidia —admito—. Yo odio mi escuela. A muerte.

—Si no encajas en el sistema, te hacen la vida imposible. ¿Tu padre también es pianista, como tu madre?

Me gusta hablar de papá tanto como odio hablar de la escuela.

—No. Papá vive en Salisbury, pero el Salisbury de Rodesia, no del condado de Wilt. Papá es de allí, de Rodesia, y trabaja de instructor en el ejército. Muchos niños sueltan trolas sobre sus padres, pero yo no. Mi padre tiene una puntería que es una pasada. Le puede meter una bala entre ceja y ceja a un hombre a cien metros de distancia. Una vez me dejó verlo.

—¿Te dejó ver cómo le metía una bala entre ceja y ceja a un hombre?

—Era el maniquí de una tienda de armas cerca de Aldershot. Con una peluca de arcoíris y un bigote a lo Hitler.

Las palomas y los palomos zurean en los ciruelos. Nadie sabe nunca con seguridad si las palomas y los palomos son o no el mismo pájaro.

—Debe de ser duro —dice Jonah— que tu padre esté tan lejos.

Me encojo de hombros. Mamá me ha dicho que chitón de lo del divorcio.

—¿Has visitado África alguna vez? —pregunta Jonah.

—No, pero papá me prometió que iría a visitarlo las próximas navidades. Debería haber ido las navidades pasadas, pero de repente papá tenía un montón de soldados que instruir. Cuando aquí es invierno, allí es verano. —Estoy a punto de contarle a Jonah lo del safari al que me va a llevar papá, pero la señora Marconi dice que hablar es como jugar al ping-pong: hay que ir por turnos—. ¿En qué trabaja tu padre?

Me quedo esperando que Jonah me cuente que su padre es almirante o juez o algo así, muy de lord, pero no.

—Mi padre murió. De un disparo. Fue un accidente cazando faisanes. Ocurrió hace mucho, mucho tiempo.

Pues no puede hacer tantísimo, pienso, pero me limito a decir:

—Vale.

Las dedaleras púrpuras se balancean como si hubiese algo allí...

... pero no hay nada, y Jonah dice:

—Cuéntame tu pesadilla recurrente, Nathan.

Estamos sentados junto al estanque, sobre las cálidas losas del suelo. El estanque es un rectángulo largo, con nenúfares y una estatua de bronce de Neptuno en el centro que se ha puesto turquesa y morada. El estanque es más grande que todo nuestro jardín, que en realidad es solo un patio fangoso con una cuerda para la ropa y unos cubos de basura. La cabaña de papá en Rodesia tiene terreno que da a un río con hipopótamos. Pienso en la señora Marconi, diciéndome: «Concéntrate en el tema».

—¿Cómo sabes lo de mi pesadilla?

—Tienes la mirada atormentada —dice Jonah.

Lanzo un guijarro hacia arriba en dirección al agua. Describe un arco matemático.

—¿Tu pesadilla tiene algo que ver con las cicatrices?

De inmediato mi mano tira del pelo hacia abajo, por encima de la zona con vetas blancas y rosadas que hay justo debajo de la oreja derecha, para esconder el daño donde más se ve. La piedra hace plop, pero no se ven las salpicaduras. No voy a pensar en el mastín abalanzándose sobre mí, en sus colmillos arrancándome la piel de la mejilla como si fuera pollo asado, en sus ojos mientras me sacudía como si fuese una muñeca; ni en las semanas de hospital, las inyecciones, los medicamentos, la cirugía, las caras que pone la gente; ni en que el mastín sigue esperándome cuando me quedo dormido.

Una libélula se posa en una espadaña, a unos centímetros de mi nariz. Tiene unas alas como de celofán.

—Tiene unas alas como de celofán —dice Jonah.

—Eso es justo lo que estaba pensando —digo yo.

—¿Pensando qué? —me dice Jonah, así que a lo mejor solo he pensad ...

